Revista de Ciencias Sociales

Vol. VIII Septiembre, 1964 Núm. 3

LA OBRA INCONCLUSA DE C. WRIGHT MILLS: LA ULTIMA FASE*

IRVING LOUIS HOROWITZ**

CUALQUIER esfuerzo de *reconstrucción* intelectual, en lo que consiste precisamente la naturaleza del comentario, tiene por necesidad que ser incompleto y selectivo. En vista de las dificultades adicionales inherentes a la *construcción* intelectual —poner en forma sistemática materiales que fueron dejados sin terminar— el resultado neto debe ser visto escépticamnte. Parecería ser esto verdad especialmente en el caso de C. Wright Mills, cuyo estilo mordaz, invenciones de palabra y agresividad ideológica apenas si pueden reflejarse en un breve ensayo sobre su obra inconclusa. Empero, es también mi convicción, a la que he llegado después de pensarlo bien, que estos *lezte gedanken* representan en forma naciente una dimensión verdaderamente nueva y significativa de su obra. Por ello es que ofrezco este ensayo con una mezcla de pudor y orgullo; pudor que emana de saber que este material hubiera aparecido en mucho mejor forma en su versión final, y orgullo al tener la oportunidad de presentarlo a un público interesado.

Perturba observar que muchos de los últimos comentarios y rese-

* Tomado de la Revista *Studies on the Left,* Vol. 3, Number 4, 1963, pp. 3-23.

** Irving L. Horowitz es profesor de sociología en Washington University, en Saint Louis. Al presente edita un volumen en memoria del gran sociólogo norteamericano: *The New Sociology: Essays in Social Theory and Social Values in Honor of C. Wright Mills.*

ñas sobre la obra de Mills concentraban más en presentarlo como una personalidad excéntrica que como un erudito de envergadura. Algunas de esas versiones no son otra cosa que *chroniques scandaleuses* para consumo de un público interesado en "reminiscencias íntimas", como las que suelen aparecer en la prensa amarilla, antes que para el público general o el técnico, genuinamente interesado en la obra de Mills o influido por ésta.*** El filósofo Hegel lo expresó muy bien cuando señaló el abismo que existe entre la *verdad subjetiva,* la verdad del momento particular, y la *verdad objetiva,* la verdad del juicio histórico. A pesar de todo lo restante, Mills siguió convencido del poder benéfico de la ciencia social. Sus compromisos intelectuales sufrieron considerable expansión durante los veinte años en que trabajó como "profesional", pero fue una expansión dentro de "la ciencia de la sociedad". Si queda alguna duda en cuanto a la veracidad de esta alegación, el examen que sigue debe servir para borrarla y, al hacerlo, para separar al erudito que Mills fue del hechicero que se dijo que él era.

Paradójicamente, el estudio en que Mills puso más cuidado en su construcción al tiempo de su muerte también es el que ofrece la complexión más inconclusa. Mills había dado a esta obra el título provisional de *Soviet Journal: Contacting the Enemy (Diario Soviético: Comunicándose con el enemigo).* Fue el producto de sus entrevistas con figuras dirigentes en la vida política, educativa y cultural de Rusia. El libro es realmente un intento de penetrar más hondamente en asuntos de refinamiento sociológico y de forma literaria que lo que pudo hacer en *Listen, Yankee!* y en *The Causes of World War III.* El *Diario Soviético* iba a estar escrito en forma de diálogo, con un espectro de tipos ideológicos políticos que oscilaría desde un conservador en política, un liberal moderno, un comunista soviético y un socialista fuera del bloque, hasta un radical independiente norteamericano (el propio Mills).

Cuando murió en 1962, Mills había llegado al punto de trazar un retrato colectivo, a base de los funcionarios rusos que él había conocido y con quienes había hablado durante los meses de abril y mayo de 1960. Lo que queda registrado plenamente es la serie de respuestas que los funcionarios rusos dieron a sus preguntas. Y aunque los rusos hicieron comentarios muy interesantes sobre cómo era la vida bajo los bolcheviques pos-stalinianos, todavía son más importantes las técnicas de cuestionario, el formato dialéctico y las observaciones sobre el comportamiento político e intelectual ruso. Mills estaba

*** No es preciso insistir en que los comentaristas sociológicos más responsables, quienes hicieron declaraciones a la raíz de la muerte de Mills, están claramente exentos de las observaciones que acabo de hacer.

muy ansioso de adelantar su teoría sobre las élites políticas. Y mientras que habla de la "élite soviética" también menciona las dificultades en obtener información sobre tal élite por medio solamente de los datos obtenidos en entrevistas:

> Los miembros de la élite soviética se hallan demasiado estrechamente identificados con ella y sienten muy profundamente su identificación. Esto es muy comprensible, por cuanto en algunos puntos es sencillamente la verdad. Muchos de ellos *figuran* en la élite del poder; muchos otros están íntimamente ligados a ella, y la mayoría se sienten con ella vinculados. Para ello hay abiertas muchas vías de comunicación y vías que conducen a sus centros.

Terminaba esta observación sobre la élite soviética con una pregunta modesta: "Me tomó alrededor de treinta años de trabajo intelectual el comenzar a tener una imagen de los Estados Unidos, que yo creía razonable y adecuada. Esto en un país donde he vivido la mayor parte de mi vida. ¿Por qué yo pienso que en dos o tres años de estudio y con un breve viaje puedo formular aseveraciones sobre la Sociedad Soviética?". Pero él formuló tales aseveraciones.

Mills aprovechó la ocasión de preparar su *Diario soviético* para poner en claro ciertas cuestiones de método. En forma penetrante puso al desnudo la falacia de la concresión mal situada que persigue tenazmente a las empiricistas. En su "Nota sobre Método" perfiló cuatro puntos, que son más característicos y sin embargo más filosóficamente profundos que los que expresó en *Sociological Imagination:* 1) Es imposible ocuparse de realidades empíricas sin utilizar la abstracción. No puede uno vaciar su mente y sencillamente ver lo que es. En nombre de los hechos se proponen los puntos de vista más fanáticos o se presume que son evidentes. Al seleccionar lo que uno ve y lo que uno hace con ello, hay, por lo tanto, significados, abstracciones, y no meramente eventos. 2) La supresión de abstracciones significa solamente que serán introducidas por contrabando como proposiciones generales entre observaciones y anécdotas pormenorizadas. 3) Es imposible formular observaciones significativas sobre entrevistas celebradas durante breves visitas sin poseer un sentido de la historia reciente. Lo que uno ve no es que esté súbitamente ahí. Por lo menos parte de su significado depende de su desarrollo. Y todo conocimiento histórico es abstracto. Consiste de inferencias hechas sobre acaecimientos pasados a base de signos e informes todavía existentes. 4) Al observar una sociedad, o cualesquiera aspectos específicos de ella, inevitablemnte uno la compara con otras sociedades que uno conoce, específicamente la propia. Esto no es sólo una fuente de criterios de

percepción, sino también de auto-percepción. Para el entrevistador es decisivo aclararse este punto y aclarárselo a otros, es decir, cuáles son los principios de comparación que se están utilizando. Mills resume este punto vigorosamente:

> Todo esto equivale a lo siguiente: el llamado a la observación directa es meramente un recurso de persuación — de uno mismo y de otros. Cuando alguien dice que cambió sus puntos de vista sobre la sociedad rusa como resultado de la observación directa, esto significa que ha cambiado sus abstracciones, fanáticas o no, por medio de las cuales suele guiar sus observaciones. Todas las observaciones sobre la vida de un país, salvo las de los locos o los niños, son "indirectas". Las abstracciones son las que guían las observaciones que cambian y este cambio se debe menos a cualesquiera observaciones directas que a muchas otras influencias, menos tangibles —incluso cambios en la moda intelectual y política entre los círculos del propio país.

La parte más fascinante del *Diario soviético* es la menos elaborada, es decir, las observaciones que Mills hizo sobre la sociedad rusa, la política comunista y orientaciones sobre posibles relaciones futuras entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. A lo largo de ellas, Mills insiste en su *status* de "intelectual no comprometido" y sobre las *ventajas* que obtuvo de *no* estar envuelto en la política izquierdista de los años treinta o con la literatura comunista norteamericana de la posguerra. Es evidente que tomó muy en serio la fe que Mannheim tenía en una sociología política no-ideológica. Su vigorosa posición política independiente se atribuye a un accidente de nacimiento y de creencia: Tejas y el Pragmatismo. Atribuye sencillamente al sentido común su manifiesto disgusto con la literatura comunista en los Estados Unidos. Las observaciones de Mills no pueden considerarse como "refinadas" en cualquier sentido ofical marxista del término. Mas tal vez debido a su ingenuidad educada, su obra revela un grado excepcional de frescura e individualidad. Mills dio por sentada hasta cierto punto la cuestión del refinamiento. Creía que Isaac Deutscher y E. H. Carr habían realizado la labor esencial y habían dado los vislumbres básicos sobre la naturaleza de la sociedad soviética: el papel de la élite del partido, la índole cambiante de Rusia bajo los efectos de la industrialización, el rol de la represión en los años treinta y el papel negativo del mismo tipo de represión en los cincuenta, etc. No obstante, sería un error pensar que Mills se adentró en la "Kremlinología" sencillamente para confirmar lo hecho por Deutscher y Carr. Sus observaciones sobre los aspectos sociológicos de las relaciones de poder

en la Unión Soviética y las escalas de prestigio son únicas. A ellas llegó por su propia cuenta.

Mills estaba interesado al principio en producir una monografía sobre "El Paralelo: EE.UU. y U.R.S.S.". Esto no implicaba un inventario mecánico de semejanzas, que ambas naciones compartieran en virtud de su orientación industrial tecnológica. Mills se percataba de las enormes diferencias históricas entre ambas. Sin embargo, creía que "nada es tan claro como la aceleración de la historia en nuestro tiempo, junto con la nueva forma del mundo, que a menudo hace que los factores históricos no sean pertinentes al desarrollo que es obra de la voluntad". el "paralelo" era "dialéctico". Las dos grandes potencias de la vida contemporánea están ahora orientadas en sentido de combate, una frente a la otra. Pero este mismo hecho significa que su organización para la guerra total obliga a cada una a asumir formas parecidas de organización total.

La valoración que hace Mills de la sociedad rural se efectúa en gran medida a través de los sentidos y las sensibilidades de los intelectuales. Al discutir su propia sociedad, los hombres rusos del saber son optimistas; ven la *teoría* del desarrollo futuro adelantándose a los *hechos* y a las deficiencias del presente. Los rusos propenden a fundir el presente y el futuro, lo actual y lo potencial. Las críticas de Mills sobre cómo *es* la sociedad soviética bajo Khruschov o cómo *era* bajo Stalin, siempre fueron contestadas en el sentido de que los problemas actuales como el de la producción agrícola o el impacto de la represión stalinista habrán de ser resueltos, en el primer caso, por medio de un nuevo plan, y, en el segundo, a través del fortalecimiento del liderazgo colectivo. Una de las críticas recurrentes de Mills era el énfasis jesuítico que los soviéticos ponen sobre la colectividad, su denigración de la responsabilidad y de los logros del individuo y su falta de preocupación real con los no-rusos. Esto emerge en el siguiente diálogo, rápido y vigoroso, con un director de periódicos soviético:

Mills: Las cuestiones marxistas. ¿Hay algunas después de Lenin?

Respuesta: Como ciencia, el marxismo siempre ha crecido y seguirá...

Mills: Pero déme un ejemplo.

Respuesta: En el vigésimo Congreso: primero, la lucha por la paz, ausencia de fatalismo sobre la guerra; segundo, la tesis de la coexistencia pacífica.

Mills: Estas son políticas, no teorías. Dejar caer o no una bomba es una política, no importa quién la haga. ¿Hay algo sobre la teoría del poder del Estado?

Respuesta: Las políticas no son cuestiones prácticas sino teóricas, y como tales se les discute.

Mills: Esta cuestión de la coexistencia pacífica, ¿acaso envolvió una revisión de los puntos de vista leninistas?

Respuesta: Revisión no, sino desarrollo. Lenin mismo previó que tal equilibrio era posible.

Mills: ¿Cuál cree usted es la perspectiva de acción política para los jornaleros en los países capitalistas avanzados?

Respuesta: Yo no puedo pensar por ellos.

Mills: Sí, pero usted es un periodista. Piense sobre ellos o revélese desprovisto de toda teoría.

Respuesta: Su progreso dependerá del desarrollo de las organizaciones de jornaleros y de su conciencia social. Yo no puedo resolver esos problemas de la Europa Occidental. No soy un especialista en la clase obrera. Usted sabría más que yo.

Mills: Sí. Parece que yo conozco mucho más. Además, no soy tan papagayo en contestar. En la Tierra de Octubre, quisiera oír una mayor variedad de puntos de vista sobre tales cuestiones. Lo que obtengo son respuestas sobre tamaño estadístico, una especie de gigantismo . . .

Este etnocentrismo tan difundido perturbó a Mills. Llegó a creer que muy pocos eruditos soviéticos conocían o les importaba conocer posibles modelos alternativos de desarrollo social o sobre la situación real de las masas en la sociedad capitalista avanzada. Puesto que la sociedad soviética "abolió las clases" y puesto que sólo se reconocía como auténticos los problemas de clases, a Mills sencillamente le fue imposible conseguir que sus informantes discutieran inteligentemente cuestiones como la estratificación basada en el poder, el partido, la burocracia y el prestigio.

Al discutir la vida política comunista, Mills apenas perdió oportunidad de introducir el nombre y los escritos de León Trotsky —en parte para suscitar la discusión, en parte para informar. Mills se ponía furioso cuando escuchaba a ciertas personas condenar a Trotsky, a quien nunca habían leído, especialmente cuando tal condenación solía venir de los más encumbrados académicos soviéticos. Estimaba mucho más a los escritores y ensayistas que a los cuadros oficiales políticos e intelectuales y creía que aquellos estaban "haciendo tanta sociología como los sociólogos". Finalmente, tuvo que renunciar a un tipo de pregunta (¡nada menos que sobre Teoría Marxista!) porque era tanta la obstrucción que en muy raras ocasiones obtuvo un grupo útil de contestaciones.

Si usted ataca a Stalin, lo defenderán. Si presume que ha habido cambios en principio, lo negarán. Es mejor enfocar primero sobre los nuevos co-

mienzos de dos instrumentaciones de principios eternos: la única cosa que nadie criticará es el Partido — puede cometer errores, pero de acuerdo con su punto de vista es autocorrectivo. Los norteamericanos dicen lo mismo de la democracia; consideran que sus instituciones están por encima de toda crítica estructural. La consigna soviética podría ser muy bien: "Mi partido, bien o mal, pues a la postre estará bien".

Mills describió con muchos detalles el aparato del Partido Comunista. Observó que el cuadro comunista estaba tan comprometido y ponía tal énfasis en su sensitividad a las presiones populares, que era ciertamente más abierto y fluido que lo que indicarían los rasgos estructurales del control político comunista. La autodefinición del aparato del Partido como garantizador de la voluntad popular funciona (por lo menos en la era de Khrushov) para reforzar las salvaguardias jurídicas del pueblo. Mas en lo que respecta a sus persistentes preguntas sobre el stalinismo, Mills recibió contestaciones cautelosas sobre el "colapso de la legalidad". Nadie estaba dispuesto a considerar la posibilidad de que fuera necesario algún tipo de reforma estructural de la maquinaria del partido para obtener el gobierno popular en Rusia. De suerte que, al igual que en lo concerniente a la sociedad soviética, en cuestiones de política los informantes de Mills estaban muy dispuestos a decir que el antagonismo entre Estado y Ciudadano había sido eliminado al desaparecer el "Estado burgués". Por lo tanto, los problemas entre masa y élite, individuo y colectividad, gobernante y gobernados, fueron descartados por medio de un fiat burocrático. La "mezcla" soviética parecía estar hecha de las duras realidades del presente y la visión de un futuro próspero y agradable.

Mills comienza a entrar en su elemento cuando se ocupa de las posibles normas para diálogos en el futuro entre los hombres que se ocupan del saber en los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pues si el optimismo soviético, su entusiasmo sobre el futuro, el gigantismo y el colectivismo, gravitaban genuinamente contra su visión de "la cuarta época", no dejó de darse cuenta de que tal optimismo, entusiasmo, colectivismo, etc., funcionaban positivamente con respecto a los organismos de poder soviético y a las metas de aquella sociedad. Para los "plumíferos asalariados" comunistas, tanto de la variedad rusa como de los importados de Estados Unidos (quienes dio la coincidencia que estaban en Moscú cuando Mills estuvo allí), nada se podía hacer. Pero aquellos no tenían papel significativo que cumplir en la formulación de políticas tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética. Mills reservaba su pólvora para los intelectuales, cuyos puntos de vista eran tomados en cuenta. Los intelectuales serios explicaban el stalinismo, los límites de la libertad bajo la planifica-

ción, la función política de la coacción en forma que hacía recordar a Mills a Deutscher, Carr y Rostow en Occidente. Lo hacían fría y razonadamente —tal vez en demasía.

Mills fue más allá del argumento tan escuchado sobre la convergencia funcional de los dos gigantes mundiales. De hecho, escribió que "las diferencias entre los dos son muy grandes. En mi libro sobre *The Causes of World War III* y en mis conferencias de la B.B.C. [ver *Power, Politics and People*], no puse énfasis suficiente sobre ellas". Acusó a los publicistas norteamericanos y soviéticos de simplificar excesivamente, y en forma tosca, los problemas. Por su parte, enfocó el problema maestro en términos de visiones alternas de la libertad:

> En primer lugar, la concepción misma de la libertad que abriga cada uno es una concepción bastante diferente a la que abriga el otro. En segundo lugar, los mecanismos y las formas de libertad, tales como son, son muy distintas en cada uno. Tercero, además, se sostiene que la concepción soviética de la libertad es una situación que se está realizando más plenamente. Los publicistas soviéticos admiten cada día con más frecuencia que tal libertad fue violada durante la era stalinista. Cuarto, los nuevos comienzos, en lo que atañe a la libertad, significan para los rusos una realización más completa de los ideales del comunismo. Para el publicista norteamericano, significa una ruptura con el régimen, una oposición ideológica y política al marxismo-leninismo. Esta idea es mayormente ilusoria. Se nutre de incidentes a los que los intelectuales soviéticos no atribuyen mucha importancia.

El *Diario soviético* era un informe, una versión de una "realidad nacional". No hay nada allí de alarmante o chocante; nada que indique que Mills se sintió desencantado o delirante con lo que vio o con los hombres a quienes habló. Sus flechazos más hirientes van contra los dogmáticos y dedica sus observaciones más gentiles a las mujeres, los niños y los escritores que crean. Mientras que la Unión Soviética telescopeó el subdesarrollo, el desarrollo en firme y el superdesarrollo, los Estados Unidos han llegado a representar cada vez más la superdesarrollada sociedad próspera, pura y simplemente. La consigna intelectual norteamericana sobre el fin de la ideología no era otra cosa sino el reflejo de la opulencia que se disfraza de ciencia social.

> Desde mediados de los años cincuenta se ha hablado del fin de la ideología y se le ha dado por supuesto. Significa, antes que nada, una declaración de que se ha perdido la concepción y la fe en cualquier forma de

socialismo. Detrás de esto encontramos dos hechos: 1) la cualidad muy pobre y la ausencia de reflexión política en los Estados Unidos y, en general, en Occidente; y b) también apunta al hecho de la indiferencia política y de la ausencia de movimiento político o aun demandas por parte de las masas, especialmente de los jornaleros. Estas son ideas provincianas y perezosas, y tanto desde el punto de vista mundial como desde el local descansan en una noción muy superficial sobre lo que está ocurriendo en el mundo y en los Estados Unidos. No es un análisis de estructura y tendencias políticas o tan siquiera del carácter y tendencia de la ideología. En la escena mundial, el problema no es el de la ideología de los Estados Unidos versus la ideología soviética, sino más bien el enfrentamiento es: la ideología soviética versus ninguna ideología norteamericana.

El *Diario soviético,* aunque aparece como una continuación del periodismo popular iniciado por *Listen Yankee* y *Causes of Word War III,* es más profundamente una extensión de su obra sobre *The Cultural Apparatus.* (Las partes terminadas de esta obra fueron publicadas en *Power, Politics and People*). Mills veía a los Estados Unidos como parte de "la sociedad superdesarrollada", una sociedad en que los niveles de vida dominan el estilo de vida y cuyos habitantes se hallan poseídos por el aparato industrial y comercial. Precisamente a causa de su atraso, Mills halló dificultades para incluir a la Unión Soviética en su Cuarta Epoca. Mills propendía a enfocar la vida rusa como una en que se funden sintéticamente los problemas de un país subdesarrollado (donde el centro de la vida es todavía la subsistencia económica), la Sociedad que se desarrolla adecuadamente (en que las decisiones sobre los niveles de vida se hacen en términos de discutir posibles selecciones entre estilos de vida cultivados) y las propiedades ya mencionadas de un país sobredesarrollado. Los rusos ya se encontraban, de acuerdo con Mills, entrando en esta etapa. Esto se reflejaba en las tentativas soviéticas de conquistar el espacio exterior mientras que dejan sin resolver las tareas más prácticas de la libertad política y la abundancia agraria. En las vastas regiones de la ruralía, Mills vio lo suficiente para darse cuenta de que para la mayoría de los rusos, el aparato económico, el problema de la subsistencia, sigue siendo el dominante. En las actividades de las distintas ramas del aparato cultural soviético, Mills vio un esfuerzo genuino por obtener un desarrollo apropiado tal como él lo concebía, una ampliación de la gama de selecciones y opciones disponibles para ser examinadas, discutidas y finalmente resueltas. Y en el aparato político, Mills vio la evolución naciente de una maquinaria burocrática, de tamaño colosal, pero de mentalidad enclaustrada,

Por lo tanto, no consideró al stalinismo, como lo han hecho muchos observadores occidentales, como ejemplo del subdesarrollo, del continuo zarista, sino más bien como ejemplo del superdesarrollo, de una sociedad cuyos miembros principales estaban poseídos por un aparato industrial, y que estarían dispuestos a hacer cualquier cosa para proteger su inversión en el futuro, aun cuando esto significara oscuridad en el presente. La obra de Mills sobre la estructura social soviética prepararía el escenario para sus otras obras, de visión más amplia: *The New Left (La nueva izquierda)* y *Comparative Sociology (Sociología comparativa)*.

La nueva izquierda se nutría de muchas fuentes de la inspiración de Mills y de pasados esfuerzos. Una de esas fuentes fue la obra que Mills originalmente proyectó y llamó *The Cultural Apparatus. (El aparato cultural)*. Con esta obra, Mills completaba su estudio sobre la estratificación social en los Estados Unidos. Parecía lógico que después de *New Men of Power (Nuevos hombres de poder)* (sobre la clase obrera), *White Collar* (un estudio sobre las clases medias) y *Power Elite (La élite del poder)* (un estudio de las clases dominantes), se hiciera un examen sobre los intelectuales en los Estados Unidos. Ya había signos anunciadores de esto en el interés que Mills había mostrado en los niveles educativos de los obreros, el rol del profesionalismo en la solidificación de las nuevas clases medias y el análisis de las variables culturales dentro de la élite del poder. Mills hizo entre los años 1948 y 1956 una serie de amplias formulaciones teoréticas. La principal consistía en una visión mundial de las tareas de la ciencia social y, por lo tanto, del contexto mundial en que operan ideólogos, intelectuales, eruditos y asesores políticos. El proceso de formar la opinión llegó a ser visto como una expresión institucional generalizada de las fuerzas culturales, de las ideologías y de los estilos científicos como tal.

Mills siempre atribuyó gran importancia al papel de las ideas en la vida social. Esto puede percibirse en sus primeros estudios como su disertación sobre el pragmatismo y la sociología, que es en realidad un intento de formular una sociología del saber que rinda cuenta del pragmatismo filosófico en los Estados Unidos. En *The Sociological Imagination (La imaginación sociológica)* Mills "arregló cuentas" con las tendencias predominantes en la sociología norteamericana. Mientras que en *The Marxists (Los marxistas)*, Mills ofreció no sólo una versión detallada de los varios estilos de marxismo, "Victoriano...", "Dentro del Bloque"... "Fuera del Bloque", etc., sino también una descripción del aparato cultural tal como operaba en el sector socialista del mundo. Es importante observar que Mills intentaba reconciliar la tradición clásica de la sociología y los nuevos tipos de

organización industrial y tecnológica producidos por el socialismo. La sociología y el socialismo, que por mucho tiempo habían estado en conflicto en el terreno de la teoría, se fundirían para crear una teoría social más viable y una práctica social más significativa.

Por lo tanto, el propósito de *La nueva izquierda* sería ofrecer una versión sintética de la sociología política, en la que los factores ideológicos, intelectivos y científicos proveerían el sistema sanguíneo, a través del cual fluiría la marea creciente de la revolución mundial. Mills atribuía importancia vital al puesto de las ideas en un mundo de acción. Mills se dio perfecta cuenta de que no había una "nueva izquierda" —sino viejos fútiles y jóvenes cínicos. *La nueva izquierda* era un acto que todavía faltaba poner en escena. Las elocuentes palabras de Mills apenas si pueden disfrazar la receta moral que yace debajo de sus descripciones políticas.

> No podemos crear una izquierda abdicando nuestros papeles como intelectuales para convertirnos en agitadores de la clase obrera o en políticos de maquinaria, o representando una comedia con relación a otras formas de acción política directa. Podemos crear una izquierda haciendo frente a las cuestiones como intelectuales que trabajan. En nuestros estudios del hombre y de la sociedad tenemos que volvernos plenamente gentes que comparan en una escala mundial . . . Tenemos que hacerlo con todos los recursos técnicos a nuestra disposición, y tenemos que hacerlo desde puntos de mira que estén genuinamente desvinculados de cualquier enclaustramiento nacionalista de la mente o de celebraciones nacionalistas. Tenemos que volver a ser internacionalistas. Esto significa hoy para nosotros que tenemos que negarnos personalmente a librar la guerra fría; que tenemos, personalmente, que tratar de ponernos en comunicación con nuestros colegas en todos los países, sobre todo en la zona chino-soviética. Con ellos debemos hacer nuestra propia paz por separado. Entonces, como intelectuales, y parejamente como hombres públicos, debiéramos actuar y trabajar como si esta paz —e intercambio de valores, ideas y programas que la constituye— sea la paz de todos, o que debiera seguramente serlo.

Este llamamiento directo nos hace recordar el conmovedor llamado de William James a *Les Intelectuelles* para que se unieran contra la Guerra de 1898. Pero hay algo más importante. Uno puede ver que *La nueva izquierda* es un puente, que se extiende desde el *Diario soviético* (cuyo subtítulo "comunicándose con el enemigo" es lo que Mills significaba exactamente con su frase de "ponernos en comunicación con nuestros colegas") hasta *Comparative Sociology* (*Sociología com-*

parativa), que es no menos exactamente lo que él se proponía hacer para que la sociología "compare plenamente en una escala mundial".

El título de *Nueva izquierda* puede parecernos al principio extraño porque no existía tal cosa en la escena norteamericana. Además, este título parece peculiarmente sectario para una obra que sería la clave en el esfuerzo de Mills de plasmar una sociología política. Pero ambos tipos de objeciones fueron enérgicamente refutados por Mills. En primer lugar, *La nueva izquierda* era un factor político significativo especialmente en la América Latina, Asia y Africa —el Tercer Mundo. Y el hecho de que los Estados Unidos y sus sabios se demoraran tanto en reconocer su importancia y significación sólo revelaba para Mills que habíamos sido delincuentes, que no habíamos tenido el valor necesario. La marea creciente del Tercer Mundo, el estancamiento del liberalismo oficial en el mundo capitalista occidental, la desintegración del monolito soviético en el mundo socialista y la polarización de la economía entre "los que tienen" y "los que no tienen" aumentaban las posibilidades de crecer hacia nuevas formas de conocimiento tanto como hacia nuevos estilos de economía y de sociedad. Todo esto heraldaba la emergencia de una nueva izquierda.

En segundo lugar, la *Nueva izquierda* no era sectaria porque era la tradición radical que encarna el caudal principal de la democracia de Occidente. En afinidad con el espíritu de la obra de J. L. Talmon *The Origins of Totalitarian Democracy* (*Los orígenes de la democracia totalitaria*), Mills identificaba al socialismo marxista, no obstante sus grotescas deformaciones históricas, como la encarnación teorética de esta movilidad sociopolítica de tendencia izquierdista.

> El marxismo encarna congruentemente la tradición de Occidente. Incluye sus ideales y, además, en el marxismo estos ideales se declaran en nexo íntimo con un conjunto de condiciones en las que se sostiene podría realizarse. Por eso es mucho más valioso y difícil criticar al marxismo que criticar al liberalismo. El marxismo contiene lo que es más valioso en el liberalismo: el humanismo secular de la Ilustración. Mas al mismo tiempo, el marxismo como teoría está mucho más cerca a las realidades de nuestro tiempo y es más directamente pertinente a ellas. Hay más realidad y menos ofuscación en su teoría —aunque, desde luego, el liberalismo y el marxismo contienen grandes dosis de ambos.

La noción de una *Nueva izquierda* no es un ejercicio en la contemplación del ombligo o la expresión de buenos deseos, sino que es un intento de caracterizar las tendencias mayores en el complejo sociopolítico, mediante el destaque de los elementos centrales. Para Mills, en la medida en que existe el "Hombre Político" es un "Hombre de

Izquierda". Son precisamente los hombres apolíticos quienes están bajo el peso de la retórica, quienes permiten que su pensamiento se deteriore en consignas vacías sobre la buena vida como vida particular y egoísta. La amenaza a una izquierda honrada no emana de un contraataque conservador sino del tedio colectivo que se ha apoderado de la sociedad opulenta.

> (Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa estaba cansada; la izquierda europea estaba tan agotada que en repetidas ocasiones después que la guerra terminó, compañeros dignos de fe de aquella península de Asia nos han dicho que su opinión es que deben esperar de los Estados Unidos que les llegue la iniciativa para un nuevo comienzo de la izquierda.) En vista de nuestra situación política, este llamamiento parece trágico y patético. Nuestra responsabilidad hacia ello es grande y no podemos en nuestra posición fallar en hablar por ellos —por los ideales que han servido hasta su muerte— como ellos lo han hecho por nosotros. No podemos fallar en destruir nuestras pequeñas rutinas y hacernos políticos en el sentido más amplio que integra la conciencia política con la vida cotidiana y con el mismo estilo con que agotamos nuestras vidas. Pero parece ser que somos incapaces de tomar la iniciativa. La misma manera en que hemos vivido ha desgastado nuestra capacidad de exasperarnos. Nos hemos cansado antes de haber hecho nada y antes que un enemigo que hubiéramos podido hacer explícito nos hubiera hecho nada. En realidad, jamás hemos declarado la guerra como una verdadera izquierda norteamericana. No hay una izquierda norteamericana.

Gran parte de *La nueva izquierda* puede ser hallada en forma naciente en los siete capítulos que Mills escribió para los marxistas: la naturaleza de las ideologías e ideales, las causas de la decadencia de la vieja izquierda, el colapso de la ideología liberal convirtiéndose en retórica liberal, la absorción de elementos marxistas en el liberalismo, la absorción de los elementos liberales en el marxismo, las energías y debilidades teoréticas del marxismo como instrumento de los movimientos revolucionarios modernos y la vanidad del liberalismo en relación a los problemas de las naciones emergentes. Se puede encontrar otros materiales en *Power, Politics and People* (*Poder, política y pueblo*). Hay la crítica que hace Mills del final de la tesis sobre la ideología, su visión del declive de la vieja izquierda y el surgimiento de la nueva izquierda sin el dogmatismo stalinista y lo fofo de la democracia social, el carácter especial del desarrollo social: el modelo comunista, el modelo capitalista y las formas socialistas independientes, etc. Por lo tanto, vamos a concentrar sobre lo nuevo o, en cual-

quier caso, en lo que no se encuentra en los escritos terminados de Mills.

Las energías intelectuales de Mills se dirigían cada vez más hacia una sociología política con pertinenecia histórica, algo que iría más allá de un liberalismo que fue útil entre 1732-1848 y de un marxismo que fue igualmente útil durante 1848-1948. El liberalismo se desintegró después de la Revolución de 1848 porque las clases medias no pudieron cumplir sus promesas. Las verdades universales, la conciencia libre, la elección sin trabajos, todo esto se convirtió en formas disfrazadas para servir a los sistemas capitalistas y las expansiones colonialistas. Parejamente, el comunismo oficial, aunque culminó en la liberación de las masas rusas del capitalismo, al mismo tiempo dejó de lado los aspectos humanistas del marxismo y transformó el régimen proletario en régimen burocrático, las asociaciones políticas en la vida del partido, las asociaciones voluntarias en claques terroristas. Al igual que el liberalismo anglonorteamericano se derrumbó cuando el socialismo se convirtió en consigna mundial, el bolchevismo ruso cayó cuando el socialismo deviene una consigna mundial. En su manuscrito inédito de la *Nueva izquierda* Mills erige una arquitectónica del socialismo como ideología política, como ética y como institución para fomentar el cambio. Sería un movimiento cosmopolita mayor que el nacionalismo norteamericano o el ruso, que la retórica del *laissez faire* o el rencor del terrorismo.

Mills pregunta: "¿Dónde estamos *nosotros?*". Su respuesta revela el espíritu independiente con que se aproximaba a la hercúlea tarea de producir un tratado importante sobre la ciencia social y la filosofía política. "Trato de practicar la política de la verdad" —escribe Mills. "Esto significa para mí que determino con mis propios métodos lo que creo es verdad, lo que pienso es falso, y lo que pienso que es justo e injusto. También significa que no concedo lealtad incondicional a ninguna institución, hombre o Estado. Mis lealtades dependen de la política de verdad tal como determino tales políticas en cada caso". Con respecto a *La nueva izquierda* esto implicaba, en primer lugar, rebasar la retórica de la Guerra Fría entre Oriente y Occidente. Aunque Mills no nos dice cómo se iba a hacer esto sin ideología, cualquiera que fuese su forma.

> No contamos con filosofía política alguna que pueda hacer frente a la estrategia política del bolchevismo, el Mensaje Ideológico del Marxismo, la ayuda económica del Bloque Soviético. No nos hemos dado cuenta de lo grave que es la crisis de la filosofía política porque no ha sido sentida como una crisis dentro del mundo capitalista avanzado. Pues de-

bido a cierto número de accidentes geográficos y de buena suerte histórica, para no mencionar relaciones de explotación con países menos desarrollados, especialmente en la América Latina, los Estados Unidos no han experimentado crisis alguna en filosofía política. El liberalismo ha sido suficientemente bueno. Pero si es bastante bueno para superar en competencia al comunismo dentro de los Estados Unidos y la mayor parte de la Europa Occidental, resulta que no es allí donde *la* competencia se desarrolla. La histeria en torno a *esa* competencia más bien lamentable y sobre los intercambios retóricos, a larga distancia, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética nos ha ocultado el sitio real de la competencia, del encuentro mundial. Ese lugar se halla hacia el sur y hacia el este de nosotros — En la América Latina, en Asia y en Africa. Es allí que comenzamos a ver los resultados de la crisis de nuestra filosofía política. Y si valoramos, como decimos hacerlo, los ideales de Civilización Occidental, entonces tenemos que ver que se trata de una crisis no sólo de nuestra filosofía política sino también de la propia filosofía política.

Lo que ha intensificado la crisis, al mismo tiempo que la disfraza, es precisamente el sistema de compensaciones en Occidente, un sistema que compensa al intelecto por la traición al intelecto mismo. El anticomunismo es pura negatividad. "La función principal del anticomunismo entre los intelectuales de Occidente es hacerlos felices con la sociedad actual, desviarlos de las inquietudes políticas a las culturales, y satisfacerlos con la provincialización de sus intereses". Mills consideró que la creciente reducción de la vida intelectual a la esfera privada es "la identificación del refinamiento con el cultivo de la vida privada" como el perfecto símbolo de *status* de la decadencia. Tampoco consideró él que el socialismo como *anti-politique,* el socialismo como la moralidad virginal norteamericana, fuera un verdadero enfrentamiento con los sucios problemas de la vida social. De hecho, consideró que el socialismo en los Estados Unidos ha deteriorado hasta convertirse en una "postura más bien cobarde". Hace posible que el intelectual norteamericano "asuma una actitud noble y más bien melancólica, que no exige que uno haga frente a los verdaderos dilemas morales del mundo". Mills vio que el socialismo como moralidad pura no es otra cosa que el colmo de la inmoralidad porque nunca opone al pensamiento la necesidad de actuar y, de hecho, niega la necesidad de la acción por medio de un proceso inhibitorio, *i.e.,* que lo que no satisface los criterios de la doctrina es por definición un mal en el mundo.

El socialismo es meramente una doctrina moral soberbia y no requiere atención a los medios de acción, a una retórica o ideología utilizables o

> a una teoría de la sociedad. Es el callejón sin salida intelectual y moral del utilitarismo fútil de la vieja izquierda. Cualquier cosa que pueda llamarse una nueva izquierda tendrá que ser mucho mejor que eso. De lo contrario, sería más honrado olvidarse de todo el asunto y dedicarse a otra cosa.

Pero sucede que la sociedad que formula políticas se ha privado de los mecanismos del pensamiento político. Mills no elaboró explícitamente los mecanismos que registran este fenómeno, y mucho menos lo vencen. Tampoco rindió cuentas de los límites jurídicos para la coacción en una democracia. No explicó la relación entre "la necesidad de compromiso" y la "política de la verdad" o *por qué* la cultura reemplaza a la política y el *status* reemplaza a la clase en la sociedad opulenta. Debe presumirse que las partes no escritas de *La nueva izquierda* podría haber llenado tales lagunas.

No obstante, la descripción que hace Mills de los componentes funcionales en la decadencia de la política en Occidente ofrece algunas directrices significativas que ayudan a rectificar la cuestión. En una sección que llamó "El colapso de la ideología", Mills presenta un cuadro donde "el fin de la ideología" aparece no en términos de celebración de un Estado Providencia no ideológico y libre de problemas, sino en términos *sociológicos* más sobrios. Mills intuyó que el fin de la ideología era no solamente una pose ideológica sino también era una "media teoría". Todo depende de si uno parte de esta situación reconocida en Occidente. Señala cuatro acontecimientos concurrentes que conducen al derrumbe del pensamiento social liberal.

Primero, los agentes históricos de cambio para las sociedades democráticas capitalistas han sido un conjunto de asociaciones voluntarias que llegaron a un punto focal en un sistema parlamentario o congresional. Estas agencias voluntarias funcionaban para cada clase social y cada sub-grupo dentro de una clase. Pero, al presente, éstas se han esterilizado, pues la élite formula las políticas desde la cumbre y reemplaza con ellas a las actividades que se generaban desde abajo. Segundo, junto al colapso de las agencias históricas de cambio ha habido lugar para el endurecimiento de las arterias estructurales de los viejos tiempos. Las viejas estructuras llegan a ser consideradas y a considerarse como eternas precisamente en la medida en que no tienen que hacer frente a un reto. En esta esfera, el liberalismo, con sus teorías de la armonía y el equilibrio, suministra el cemento ideológico del *statu quo*. Tercero, y aquí Mills aprovecha formulaciones hechas anteriormente en *Power Elite,* está claro que hablar del derrumbamiento de agencias de cambio social y político no es decir que tales agencias existen. Por lo contrario, jamás en la historia del mundo los

medios para hacer la historia, para tomar las decisiones y para ponerlas en vigor han sido tan ampliados y han estado tanto a la disposición de pequeños círculos de hombres a ambos lados del Frente de la Guerra Fría. Cuarto, una agencia potencial independiente de cambio social, es decir, el intelectual, ha sido absorto por el *Establishment:* (Los científicos extravagantes) alienados de la política como tal, (Los críticos de la sociedad de masas), o funcionan en forma no-política, aun cuando la política es de importancia central (Los académicos encumbrados).

No es que la "crisis del liberalismo" en Occidente no tenga contrapartida en Oriente. Es claro que el *Diario soviético* hace evidente que Mills trató en vano de encontrar agencias que fomenten el cambio social que pudiera romper los módulos consagrados por el *Establishment.* No obstante, Mills creía que si fuera cuestión de la Unión Soviética versus los Estados Unidos, aquélla tendría ventajas auténticas. Primero, cuenta con una economía racional y racionalizada que se funda en el crecimiento planeado a través de la planificación. Segundo, cuenta con una *intelligentsia* orientada hacia tareas y victorias en el futuro. De modo que si la "Gran Competencia" fuera exclusivamente determinada por el capitalismo norteamericano y el comunismo ruso habría pocas dudas de que el comunismo emergería victorioso.

Ni la sociedad por consentimiento puede elevar el nivel general de la economía mundial ni la sociedad por coacción puede hacer ascender el nivel general de la humanidad. El Tercer Mundo fue precisamente el hecho empírico que transformó a la *Nueva Izquierda* de sueño en realidad. La emergencia de naciones y sistemas sociales que se llaman socialistas y al mismo tiempo "no alineadas" políticamente representaba para Mills la aparición de "nuevas clases de estructura social con nuevas clases de ideologías y formas innovadoras". Mills no abrigaba duda de que, por consecuencia, el marxismo proliferaría en nuevas venas y variedades. Por paradoja, esto ayudaría a conservar una raíz del liberalismo —el diálogo entre diferentes puntos de vista, sin trabas. Mills pudo haber añadido que, en este sentido, el Occidente también había conocido nuevas formas emergentes. Naciones tan avanzadas como Suecia e Inglaterra revelaban importantes desviaciones del Goliath norteamericano, a pesar de estar generalmente incorporadas al bloque capitalista. Mills fijaba sus expectativas en los países preindustriales, fuera de los dos bloques. Aun cuando algunos se inclinaran hacia la democracia capitalista y otros hacia el comunismo como economía política, mostraban una capacidad y una voluntad de independencia y experimentación, que se reflejaba en la posición política del no alinearse. Este proceso ciertamente se ha intensificado después de la muerte de Mills. En el bloque soviético, hay el cisma entre China

y la Unión Soviética. En Occidente, el cisma es entre Francia (y tal vez la Europa Occidental, como tal) y los Estados Unidos. En el Tercer Mundo se registra una retirada general de las prácticas y premisas de la Guerra Fría y una disposición a afrontar los costes así como los beneficios de cambios auténticos en la estructura social.

Lo que preocupaba mucho a Mills y lo que permanece sin resolver en *La nueva izquierda* es el papel de naciones como Venezuela y Cuba. Consideraba a Venezuela como la encarnación perfecta de la política extranjera y la política económica de los Estados Unidos. Cuba tendría que hacer frente cada vez más a la necesidad de tomar decisiones pragmáticas en favor de un aliado soviético, menos que confiable —no importa lo independiente que pudiera seguir siendo la ideología política de Cuba. Mills expresó sus dudas en una serie de dilemas, que permanecieron mayormente sin respuesta. El primer dilema de Mills puede trazarse a su interés inicial en la sociología del saber. En una declaración reciente señala que hay "una distinción entre aquello en que los hombres se interesan y versus lo que es el interés de los hombres de acuerdo con sus ideales". Mills creía que un problema central tanto en el liberalismo como en el marxismo clásicos es que ambos favorecen lo que una élite considera que son los intereses de los hombres.

> Ambos resuelven el dilema por medio de una expectativa, actuando en formas que sirven a los intereses del hombre. Uno espera que en el momento oportuno o a la larga estos hombres llegarán a interesarse (en el liberalismo o en el marxismo). Esta es la expectativa implícita en Marx (¡y en John Stuart Mill!): que una clase *per se* se convertirá en una clase para sí. Lo que Lenin hizo fue acelerar el proceso, promoverlo. De hecho, su "voluntarismo" se basa en la creencia de su "inevitabilidad". Participó en la historia para a) aumentar su tiempo y b) contrarrestar la demora de una contrafuerza, primordialmente el empeño de la democracia social por esperar un poco.

Mills consideraba que el problema de la sociología política es profundamente ético. En un ensayo anterior sobre "El problema del desarrollo industrial", claramente señalado para ser ampliado en *La nueva izquierda,* emerge esta perspectiva en términos de las expectativas de los hombres. Estos están interesados en los frutos del crecimiento industrial. Por lo tanto, los políticos se ven obligados a interesarse en los costos de tal crecimiento. Cuestiones como el trabajo de quién va a ser invertido y a qué tiempo, con cuál clase de asistencia exterior, a cuáles costos de libertad personal, etc., son cuestiones bá-

sicas de la sociología política y no menos lo son de la moralidad política. Poco antes de morir, Mills pensaba mucho en esto. Leía a Myrdal, Strachey, Baran y todos los que estudian el desarrollo económico. Esto da testimonio de su creencia en que *La nueva izquierda* emergería prácticamente en las áreas en desarrollo y que la misión de los intelectuales en las regiones avanzadas sería la de ayudar en la obra hercúlea suministrando una teoría científica del desarrollo social. Los Estados Unidos se habían atado las manos: sacrificando el crecimiento a la conservación de una estructura política y económica en decadencia. Mientras que la Unión Soviética, por su parte, había sacrificado la libertad política para conseguir una plenitud de bienes económicos. La síntesis social sería realmente posible fuera de estos bloques.

Esto no significa que la izquierda en los Estados Unidos no tuviera tareas que realizar. Mills era muy norteamericano. En su penúltimo capítulo de *La nueva izquierda* (el menos elaborado), Mills trató de formular algunos problemas con los que tendría que bregar, concienzuda y honradamente, cualquier futuro movimiento izquierdista en los Estados Unidos —el comunismo y el pacifismo. Sus observaciones sobre el comunismo norteamericano eliminaban la posibilidad de que se volvería muy significativo como fuerza en los próximos años. Sin embargo, no excluía la posibilidad de que a medida que surgiera una nueva izquierda, el tamaño de la facción comunista creciera e hiciese imperativa una reconsideración de problemas como el frente unido, la necesidad de una falange sólida que oponer a las comisiones del Congreso, etc. Sorprende que Mills no consideró la posibilidad de que "los viejos bolcheviques" fueran absortos por "los jóvenes turcos", como ciertamente ha sucedido en países como Yugoslavia y Cuba. Tal vez pensaba que tal consolidación de la izquierda sería más bien una consecuencia que un preludio a cambios sociales revolucionarios. La segunda consideración sobre una izquierda norteamericana es más interesante, dado lo frecuente de la crítica de que "Mills era un hombre obsedido con el poder". Indicó que la resistencia pasiva no era meramente un conjunto de valores ni meramente un haz de técnicas sino un método nuevo de hacer historia —tal vez el más radicalmente innovador que se haya elaborado. Donde quiera que uno crea que puede ser efectivo, puede ser el objeto de adhesión o de práctica como principio o meramente como táctica. Una vez dicho esto, sin embargo, Mills plantea un reparo significativo al pacifismo como principio exclusivo o suficiente: "*Pero:* cómo reconciliar el pacifismo como principio con el derecho a la revolución en las Cubas de este mundo. No creo que bajo una tiranía como la de Batista, resulta-

ría algo de las acciones de tipo Gandhi —sólo la muerte sin significado o sin efecto".

Mills hizo un pronóstico muy perceptivo al considerar la relación entre el pacifismo y la violencia en el Sur de los Estados Unidos. Es una declaración importante, no sencillamente por su contenido, sino porque es una de las pocas veces en que Mills se enfrenta con la cuestión de los negros como cuestión central para los norteamericanos. "El mismo problema de violencia y *La nueva izquierda* muy bien puede surgir en relación con los movimientos negros, que envuelven el sentarse ellos en los establecimientos públicos del Sur (*"sit-ins"*). Dentro de un año o dos, ¿qué harán los negros, qué debieran hacer ellos y los que con ellos se sientan? ¿Qué debiéramos hacer nosotros si los rufianes blancos tirotean los arrabales negros?". Aunque no ofreció respuestas a estas cuestiones (¿cómo podría hacerlo cuando es ahora que los dirigentes negros están considerando esta cuestión?) sus observaciones finales para los norteamericanos ponen bien en claro cuál era la posición de un tejano.

> Somos hombres libres. Tenemos que tomar muy en serio nuestro legado. Debemos señalar claramente los peligros que lo amenazan. Tenemos que defender las libertades civiles lo suficiente para utilizarlas. Tenemos que tratar de conferir contenido a nuestra democracia formal actuando dentro de ella. Tenemos que dejar de quejarnos sobre nuestra propia alienación lo suficiente para utilizarla para formar críticos radicales, programas audaces, visiones dominantes del futuro. Si *nosotros* no hacemos estas cosas, ¿quién las hará?

Los dos aspectos más reveladores en *La nueva izquierda* desde el punto de vista del desarrollo personal de Mills como intelectual, científico social y humanista, aparecen en el prólogo y en el epílogo. Son dos declaraciones muy pertinentes. La primera, como indicativa del largo camino recorrido por Mills desde *Power Elite* hasta *The New Left;* la segunda como declaración de últimas intenciones intelectuales.

> Se ha dicho en la crítica que estoy demasiado fascinado por el poder. Esto no es realmente verdad. Lo que más me ha fascinado es el intelecto y el poder en relación con aquel. Es el poder en el intelecto y el poder del intelecto lo que más me fascina —como analista social y crítico cultural.

Mills subraya este punto al final en una breve descripción de los términos intelectuales de la actual crisis en las relaciones humanas, que

nos hace recordar el ensayo introductorio de Mills, en *Images of Man (Imágenes del hombre).*

> Los términos *intelectuales* más reveladores de nuestra crisis son las condiciones y prácticas de la investigación y la reflexión sociales, en particular el abandono de la tradición clásica en el pensamiento sociológico. Hay en estos días una discusión muy fructífera sobre las humanidades vis à vis las ciencias naturales (en la Unión Soviética asume la forma de una controversia entre los físicos y los poetas sobre cuál debe ser el tipo de Hombre Soviético). Pero en Occidente, y ciertamente mucho más en los Estados Unidos, no ha habido una discusión adecuada de las ciencias sociales como problema político, como problema de los que formulan las políticas. El hecho sencillo es que si no desarrollamos teorías sociológicas más adecuadas sobre el carácter de las variedades actuales en los sistemas sociales, de las formas en que la historia hoy se hace y se extiende, entonces las variedades del marxismo llenarían el vacío por deficiencia nuestra.

No era la intención de Mills que estas observaciones formaran parte de una cruzada antimarxista. Sin embargo, creía profundamente que mientras el marxismo es una parte fundamental y básica de la tradición clásica en la ciencia social, es sólo una parte y no el todo. Sentía él cada vez más la necesidad de rebasar el marxismo. Había "arreglado cuentas" con *Los marxistas* y había ofrecido una versión de las realidades políticas actuales de Oriente y Occidente en *La nueva izquierda.* Quedaba un ahondamiento del saber científico sobre el mundo. En un proyectado esfuerzo, de muchos volúmenes, (*Sociología comparativa*), Mills se proponía realizar su *magnum opus* que levantaría la teoría social a ciencia. La obra de G. D. H. Cole sobre la historia del socialismo, la de E. H. Carr sobre historia política de Rusia y la de Joseph Needham sobre la civilización china convencieron a Mills de la necesidad de un gran formato si su gran sociología habría de evitar los escollos de la superficialidad y de la falta de poder persuasivo.

La *Sociología comparativa* fue el título que Mills dio a un proyectado "estudio comparativo, de seis a nueve volúmenes, sobre la gama mundial de las actuales estructuras sociales". Ha sido pérdida irreparable de la sociología el que Mills no pudiera ir más allá de algunos escenarios selectos en el panorama. Aunque criticaba la tradición oracular de Toynbee, Sorokin y Spengler, apreciaba la visión subyacente que los alentaba: rendir cuentas del hombre en sociedad rindiendo cuentas del hombre en la historia. Lo que llevó a Mills a creer que la empresa valía las energías necesarias para su realización fue la tradición concurrente, básicamente inglesa, que logra entrelazar

los mismos patrones de historia social con firmes puntadas empíricas. Mills era todavía lo suficientemente empírico como para evitar el gran estilo de teorizar que, no importa lo simpático que fuera como abstracción, resultaba siempre inmanejable como expresión concreta de realidades sociales.

Las conferencias que Mills dio en 1960 en la London School of Economics le suministraron el punto de partida para la *Sociología comparativa.* Para él fue muy significativa la distinción entre "era moderna" o la "Tercera época" y la "era posmoderna" o la "Cuarta época". La ilustración fue simbólica y a la vez sintomática de la Tercera época. De allí vinieron las ideas de racionalidad económica (o socialismo, en el sentido más amplio de la palabra) y de libertarismo político (o democracia, también en amplio sentido). Pero la Tercera época cedió al paso a la Cuarta a causa de las contradicciones aparentes entre las dos nociones maestras ideológicas. Rousseau, Marx y Weber parecían brindar la paradoja en términos bien perfilados: no se puede presumir que a un aumento de la racionalidad ha de corresponder un aumento en la libertad. El hecho de la alienación masiva de los obreros, la ansiedad entre los profesionales y la anomía entre los sectores medios, anulaban el período "moderno". El precio de la racionalidad es nada menos que una suspensión de la libertad (socialismo y capitalismo burocratizados) mientras que el precio de la libertad es nada menos que la racionalidad —es decir, la sociedad equilibrada que se va desarrollando.

De esta guisa en Occidente (y aquí Mills nunca se decidió si la Unión Soviética pertenecía a "Occidente", y si así fuera el caso, hasta qué punto específicamente) existe un manojo común de cuestiones que tienen un carácter "epocal". Mills concebía su obra de muchos volúmenes como expresiva de una teoría multilineal antes que monolineal de la historia. Cada una de las principales regiones del mundo posee su propia forma histórica de desarrollo. Podemos tener una idea de hasta qué medida Mills se apartó de la teoría del materialismo histórico leyendo el siguiente pasaje:

> Al estudiar el contorno histórico de cada región mundial, diremos el impacto de los estados mundiales exteriores, pero en grados variables. Pues mi tesis es que la necesidad del análisis histórico varía mucho en importancia de acuerdo con la naturaleza de la estructura social que estamos tratando de comprender y explicar.

La historia sería vista en términos de sistemas sociales macroscópicos, antes que los sistemas sociales en términos de historia, como lo hallamos en los grandes pensadores históricos desde Marx a Toynbee. Esto

es algo que puede comprobarse en las dos cuestiones radicales que Mills cree debe formularse el sociólogo:

> ¿Cuál es la naturaleza de nuestra época? y cómo podemos definirla mejor para el estudio? En pocas palabras, ¿cuáles son las tareas de una teoría de la historia y cómo podemos usarla mejor para delinear la estructura del mundo presente y del mundo pasado? ¿Cuáles son las unidades principales de la estructura social del mundo y cómo podemos definirlas mejor? En síntesis, ¿cuáles son las tareas de una ciencia social comparativa y cómo podemos definirlas? ¿Cuáles son las tareas de una ciencia social comparativa y cómo podemos erigir mejor una contabilidad comparativa?

Mills tuvo luego que hacer frente al problema de precisamente qué era lo que se iba a comparar con qué; ¿cuál era la base de selección? Para resolver este problema, recurrió a la obra de la nueva "Escuela de Chicago", primordialmente a la brillante Sylvia L. Thrupp, quien fue de los fundadores de *Comparative Studies Society and History. (Estudios comparativos de sociedad e historia)*. La idea de una sociología comparativa, tomada de prestado de la ciencia anatómica, provocó nuevo entusiasmo en el tipo de ciencia social que Mills concibió como necesaria si habría de ser vencido el delibitante nacionalista de campanario. Esto encajaba bien con la clase de análisis histórico weberiano hecho por Hans Gerth en un período anterior a la formación intelectual de Mills.

Se necesitaba, pues, alguna manera de romper con la arbitrariedad, no sencillamente de versiones etnocéntricas de la historia basadas en el prestigio nacional, sino también con las versiones históricas que en su pronunciada abstractividad y generalidad resultaban ser, en el mejor de los casos, "tipologías ideales" con fuertes prejuicios subjetivos. La razón para que *Sociología comparativa* consistiera de varios volúmenes radicaba precisamente en la idea de evadir los tipos ideales que poseen poca pertinencia científica y que, en el mejor de los casos, son recursos heurísticos para que los hombres actúen en determinada forma. Por lo tanto, el análisis comparativo de Mills comenzaría tomando ciertas áreas selectas: demografía, producción económica, formas de control social, etc., y daría una versión exhaustiva de las áreas seleccionadas, antes que un área exhaustiva con una versión selectiva como solía suceder en la tradición historicista secular.

El primer volumen debía proveer información sobre todo lo que pudiera decirse sistemáticamente sobre los aspectos exteriores de todas las regiones mundiales. Era preciso agotar la información estadística y sistemática como prolegómeno indispensable para exponer clasifica-

ciones claves y tendencias principales. Mills se proponía enfocar 100 naciones en términos de un "código de área" semejante al que dio Woytinsky en sus magistrales investigaciones demográficas. Este "código de área" sería reforzado por un estudio de dos fases: la transformación de lo rural a lo urbano en cada área y los puntos de apoyo revolucionarios así como las corrientes principales en cada área. Esta versión minuciosa del hombre en su desarrollo se haría posible en virtud de la premisa teórica de que lo que ocurre en una nación afecta poderosamente enseguida a las naciones que la rodean en una región común. Se puede presumir que Mills creía que el aserto de que cuando "Francia estornudaba, Europa tosía" podía ampliarse. De modo que cuando China ejercita sus músculos, los países del sureste de Asia hacen algo más que sencillamente observar. Ciertamente, el entretenimiento de núcleos geográficos, étnicos y lingüísticos es algo que exigía una amplificación mucho mayor antes de que pudiera establecerse definitivamente su utilidad analítica. Pero no hay duda de que vale la pena el intento, no importa el resultado. Sería, de acuerdo con Mills, la primera irrupción real fuera de la etnocéntrica sociología "Occidental" o "Norteamericana" hacia una "Sociología Mundial".

El relativismo cultural de Malinowski y Benedict en antropología fue un esfuerzo primitivo en la dirección de una ciencia social emancipada del etnocentrismo. Pero para Mills continuó trabado por compromisos ideológicos e intelectuales con Occidente. Por lo tanto, su irrupción fue parcial e intrínsecamente limitada: v. gr., el estudio de las relaciones de parentesco en una aldea del Amazonas fue hecho con toda meticulosidad, mientras que todo el noreste del Brasil permaneció sin examinar en términos revolucionarios. Las frecuentes alusiones a lápiz a la obra de Linton, Kroeber y otros antropólogos revelan que Mills se daba cuenta de las posibilidades que abría la antropología cultural para el estudio de las regiones mundiales. Parejamente, su creciente interés en problemas geográficos, demográficos y especialmente los económicos subrayaba la creencia de Mills de que una sociología comparativa era posible, si no ciertamente inevitable.

Queda sólo otro volumen que Mills había esbozado en forma preliminar. En él se proponía tomar cuestiones sociológicas selectas tal como se manifestaron en las "cuatro épocas" (antigua, medieval, industrial y posindustrial); en términos de "códigos regionales" (por áreas continentales y por los bloques de Poder, Occidental, Comunista y el Tercer Mundo), y en términos de desarrollo económico (subdesarrollados y sobredesarrollados). Las variables precisas que él había visualizado como necesarias para el estudio son: a) esferas de símbolos, b) modos ascendentes de comunicación, c) asistencia pública y servicios sociales, d) horizontes mundiales, ejem.: señorío, nación, cos-

mopolita, internacional, e) alcances del poder político, f) autoimágenes societarias (Dios, Razón, Burocracia), g) pertinencia pública y el rol de los intelectuales, h) tipos de personalidad, i) formas de legitimación, j) y finalmente, tipos de ansiedad y problemas psicológicos. Sólo podemos conjeturar lo que Mills hubiera hecho con su "sociología epocal". Por el momento, sería tal vez útil bosquejar la posición de Mills en cuanto a las implicaciones metodológicas de tal enfoque.

La idea de una época es, como bien lo apreciaba Mills, una construcción. Es una manera que se ha sugerido de pensar sobre la sociedad contemporánea y sobre el puesto de esta sociedad en el curso de la historia. Es una idea más bien de largo alcance; pues si se la toma seriamente exige del científico que resuma los acontecimientos y tendencias decisivas que caracterizan a la sociedad contemporánea. Más que eso: hacerlo en modo tal que resulte evidente justo en qué formas esta sociedad difiere de otras épocas. Esto significa que puede evitarse que la construcción de una época sea ubicada, en términos de tiempo, dentro de una perspectiva o aun dentro de una teoría de la historia humana como un todo. Mills es específico en sus recomendaciones.

> No bastan los acontecimientos externos o las tendencias históricas. Para probar lo que afirmamos, que ciertamente nos estamos moviendo hacia una nueva época en la historia humana, se exige, primero, que mostremos un desplazamiento o un cambio en las orientaciones psicológicas de la biografía y el carácter del individuo; y, segundo, tenemos, además, que mostrar intelectualmente que las mismas categorías de explicación que sirvieron para orientar a los hombres en épocas pasadas ya no son satisfactorias en la época presente. Este hecho es tal vez el más importante al definir una época. Pues las explicaciones de las que dependen los hombres les preparan lo que ellos esperan y para lo cual albergan esperanzas. Y es por medio de "aquello con respecto a lo cual albergan esperanzas" que podemos penetrar más prestamente en el significado de una época en busca de valores humanos y psicológicos.

Es significativo observar la medida en que el concepto de expectativas humanas formaba parte del pensamiento sociológico más avanzado de Mills. Su obra anterior tendía en verdad a dar por sentadas las potencialidades y anhelos psicológicos. El puesto de las ideas en la definición de una época, en los escritos finales de Mills, nos hace recordar la obra de Wilhelm Dilthey en torno a la función de las categorías ideativas generales para definir la *Geisteswissenschaft* y

la obra de Mannheim sobre los "estilos de pensar" al definir la *Zeitgeist.*

> Puede definirse una época en términos de un haz de principios que permean a toda una sociedad, que la definen como una totalidad y que persisten más o menos. Lo que fija el límite histórico de la época es la duración de su persistencia. Lo que fija el límite estructural de la época es en qué medida permean la sociedad. Por principios entiendo una manera de explicar los episodios y acaecimientos que constituyen el contenido histórico de la época, así como los tipos de integración, los temples anímicos y sentires, las aspiraciones y los pensamientos que constituyen el contenido psicológico de numerosos individuos. Sobre todo, una época puede ser definida en términos de aquel rasgo de una sociedad que es históricamente el más poderoso —que parece ser el centro desde el cual surgen los cambios, el centro de la iniciativa histórica. Cuando lo que está sucediendo en el mundo social así como lo que se cree y se piensa generalmente ya no puede ser explicado satisfactoriamente por los principios recibidos, entonces una época está a punto de terminar y es preciso definir una nueva.

El profundo y duradero interés que Mills tenía en la sociología del saber, en el estudio del aparato ideológico y utopístico que conduce a la conciencia de la sociedad y a la conciencia de los intereses, se revela vigorosamente en sus reflexiones finales sobre el problema de la época social. En ésta, su discusión postrera sobre el problema máximo de la historia social, Mills alcanza cimas sociológicas y literarias que suscita conjeturas sobre lo que él hubiera producido en su obra capital. Representa una descripción impresionante de la relación entre cambio social y conciencia humana.

> Los hombres se vuelven intensamente conscientes del cambio histórico cuando ocurre dentro del breve período de una generación o dos. Mas aun cuando las condiciones de la vida diaria cambien rápidamente, aun cuando lleguen a ver que sus hijos encaran un mundo que ellos como niños jamás encararon, se acerca sólo a regañadientes a una conciencia del cambio epocal. El tiempo del cambio, empero, no tiene que ser revolucionario, aunque lo ha sido en nuestra generación. No tiene que ser violento o súbito, aunque en nuestra generación lo ha sido. Se necesita algo más que el mero hecho del cambio rápido. La mayor parte de los hombres no se siente profunda y completamente afectado por el hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial, el Asia ha vuelto a levantarse en los asuntos mundiales, de que después de la Primera Guerra

Mundial, Rusia demostró al mundo una forma alterna de industrialización —la primera desde el siglo diecisiete—, de que la prolongada hegemonía de los ingleses ha terminado, así como de una veintena de hechos decisivos en el mundo actual. Se precisa una cierta imaginación y una cierta memoria para poder aprehender algo del significado de estos cambios, antes de que el significado llegue a su vida cotidiana y se lo lleven a la guerra o lo tiren en una depresión económica o se le pida con urgencia que crea nuevas cosas u odie a nuevos enemigos. Para la conciencia de una época se necesita más que cambios preñados de consecuencias, aún tan raudos y prolíficos y casi totales como los que hemos tenido en nuestra generación. Algunos hombres tienen memorias más largas y más imaginación que otros. Se dan cuenta de una gama más amplia de ambientes cotidianos y creen entender más de sus propios tiempos. Es más probable que hombres como esos se sientan más intrigados, ciertamente rebasando el nivel del mero encogimiento de hombros, cuando el cambio histórico se presenta rápido. Se sienten intrigados porque sus explicaciones se derrumban; entonces es que sus expectativas se vienen abajo y algunas veces se sienten aun más intrigados; se desorientan. Esto significa que aquellos que tenían expectativas, aquellos que creían poder explicar lo que estaba sucediendo en el mundo llegan a ver que no pueden hacerlo, y, por lo tanto, llegan a intuir por todos lados una nueva época que surge. Tales hombres llegan a percatarse de la crisis en términos de ideología; cuando las crisis se vuelven algo más que parciales, cuando la visión total de la vida de esos hombres se trastrueca, entonces experimentan ansiedad. Es desde esa ansiedad que emerge la conciencia epocal. Bajo la ansiedad de los hombres con ideología y el fetichismo diario de los hombres sin ella, hay algo más que las dificultades personales y algo más que la confusión ideológica frente al cambio. Pueden existir dificultades y confusiones, pero éstas, a su vez, no emanan solamente de las biografías de los individuos. Etas biografías mismas, el plan de vida y la visión ideológica de cómo son las cosas, son, en formas variadas y complejas, parte intrínseca de la estructura de la sociedad. Bajo la conciencia del cambio epocal, bajo la ansiedad y la confusión y el aturdimiento que la revelan, hay cambios en la misma estructura de todas las sociedades dentro de la entera época moderna.

Este fue el último punto a que llegó Mills en su descripción del mundo y también en su propio desarrollo intelectual. Percibió una gran verdad rousseauniana: que el desarrollo real envuelve costos sociales reales; cada penetración en la niebla ideológica engendra nuevas formas de ansiedad social y cada visión beatífica de la paz mundial se compra al precio de conflictos sociales.

En sus años finales y agónicos Mills indagó los sectores abiertos de la sociedad. Declaró cándidamente el nacimiento de un Tercer Mundo. Reveló la corrupción interna de la política norteamericana de disuasión. Vio la horrible verdad de que sólo los soviéticos parecían necesitar desesperadamente la emulación del sueño norteamericano de la opulencia para los consumidores. Demostró que la ruptura en la "tradición clásica" ocurre cuando los hombres dedicados al saber se ponen al servicio de los hombres del poder. Alexander Herzen escribió una vez que "se necesita gran valor para hablar alto, para decir a todos las cosas secretamente conocidas". Mills tenía ese valor. Su audacia dimanaba de una capacidad para organizar y aclarar lo obvio. La cobardía de su tiempo se define por su capacidad de trivilizar y ofuscar lo obvio. Por esta razón, los escritos finales e inconclusos de Wright Mills deben ser vistos; como él mismo los vio, como parte de la continua lucha científica entre aclaración y manipulación, o si se prefiere, la lucha fáustica entre tribulación moral y traición inmoral.

La cuestión de si Mills poseía las habilidades arquitectónicas para ensamblar todas las imágenes que forman una construcción social, política e histórica del mundo moderno tiene que permanecer sin resolverse. La muerte a la edad de 45 años ha decretado que no puede darse una respuesta. Más la cuestión de si hubiera podido levantarse a las cimas del análisis social y de la síntesis histórica es tal vez menos importante que su disposición de realizar el intento. Mills creía que esta tentativa era "una de las autodisciplinas más importantes". Jamás se ha necesitado más urgentemente la honradez intelectual que caracterizó la carrera de Mills. Quizás el juicio final sobre Mills habrá de leer como sigue: he aquí a un hombre cuya integridad hizo más fácil para el resto de nosotros mostrarnos íntegros y he aquí un hombre cuya honradez hizo más fácil para nosotros el ser honrados.

Traducción de *José Emilio González*